

PERSONAJES DE LA ÉPICA FRANCESA EN LA LITERATURA CASTELLANA MEDIEVAL

ANA M.^a MUSSONS

Para estudiar la imagen épica de Francia en la literatura castellana medieval hemos de ir a parar forzosamente al Romancero, las crónicas o a relatos como *La Gran conquista de Ultramar*. Indudablemente el trabajo sería mucho más fácil si lo que nos planteáramos aquí fuera la imagen de España en la épica francesa, porque la mayoría de los cantares de gesta franceses narran historias que transcurren en España: Barcelona, Gerona, Balaguer, Barbastro, Gandía, Toledo, Córdoba ...por citar sólo algunos de los topónimos que podemos encontrar. Es evidente que, como zona fronteriza, la marca hispánica se ofrecía como algo enormemente atractivo para desarrollar el germen de las leyendas guerreras de Carlomagno o de otros héroes de gran talla como Roldán, Renaut de Montauban, Girart de Roussillon, Guillermo... y que la Reconquista española presentaba la posibilidad de aproximación de las cruzadas de Oriente, tan alejadas. Por este motivo, quizás, reciben el mismo tratamiento y, en los cantares de gesta, turcos, eslavos, árabes o bretones son catalogados indistintamente como enemigos de Francia sin más particularizaciones.

Grisward, en su obra *Archéologie de l'épopée médiévale*,¹ afirma que España representa, dentro de la épica francesa, la guerra, mientras que Italia es la riqueza y Francia la soberanía, de esta manera se reparten imaginariamente las tres funciones con que se caracteriza la ordenación de las civilizaciones indoeuropeas. La geografía española que puede recorrerse en los cantares de gesta franceses puede ser fantástica e interpretable en sentidos muy diversos, entre

1. J. H. Grisward, *Archéologie...*, París, Payot, 1981, p. 74: «Le schéma des trois fonctions structure les destins des personnages: un Roi, un Riche, un Guerrier, comme les pays où leur père les exile: la Gascogne, Lombardie, Espagne.»

los que habría que valorar lo que se suele llamar la «geografía del deseo» en oposición a la «geografía de la realidad» y que presenta la imagen de las tierras hispánicas en la épica francesa, en sus citas toponímicas, como el reflejo del deseo de «territorialización», de ahí la falta de realidad en la geografía y de ahí también la mitificación de ciertos topónimos.²

No ocurre así con la imagen de Francia en las letras españolas. El romancero, el romancero viejo, contiene numerosas alusiones a las tierras francesas y a los franceses, pero no se da ningún detalle ni descripción. Francia es siempre «la guarnida», adaptación de «la garnie» que encontramos en los cantares de gesta franceses, o «la natural», epíteto explicable tan sólo si se entiende como «la perfecta, la excelente» tal como lo usa Gonzalo de Berceo.³ Con la misma asiduidad se cita París, calificada siempre como «la ciudad» o «la grande» y punto geográfico cuyo papel se reduce a ser el centro de las idas y venidas de los protagonistas de los distintos relatos. Pocas referencias más encontramos en el romancero a las tierras de Francia: Picardía, los campos de San Gil o San Dionís, lugares épicos por excelencia en la tradición francesa, pero citados apenas una vez y reflejando, indudablemente, su llegada al romancero formando bloque con el personaje o la historia que se canta.

La misma imprecisión se halla en las citas de otros lugares fuera de España, cuando se menciona las «tierras del gran Can», «Constantina la llana», Tartaria, Roma o San Juan de Letrán.

Pero a pesar de la falta de referencias concretas, Francia está muy presente en el romancero viejo y el tema francés es uno de los dominantes.

Una galería de personajes procedentes de la épica francesa desfilan ante nosotros cuando leemos los romances: Roldán / Roldane, Oliveros, Baldovinos, Renaldos / Reinaldos / Reinaldos de Montalbán / don Reinaldos / el señor de Montalbán / Renaldos de Montalbán / Carlos de Montalbán, Beltrán / don Beltrán, doña Alda, Guarinos, don Belardos, Benalmenique / Almenique, Gaiferos, Durandarte, Danés Urgero / Urgel de la Mancha / Urgel de las Manchas / Urgel de la fuerza grande, Blandinos, Grimaltos / conde Grimaltos / conde Grimaldo, conde Ayruelo / Ayuelos, Galalón, don Naímo, duque de Baviera / Arnaldos de Belanda, don Reyner e incluso el arzobispo Turpín y el rey Malsín / Marsín, son antropónimos traducidos y adaptados de la tradición épica francesa, pero que no

2. El concepto «territorialisation» es definido por J. M. Paquette en *L'épopée*, en *Typologie des sources du Moyen Âge occidental*, Bruselas, Institut d'études médiévales, 1988, fasc. 49, pp. 16-35.

3. Ver J. Corominas, *Diccionario Crítico Etimológico de la lengua castellana*, el artículo «nacer», donde se cita en «natural»: Cid, «ajustado, semejante a la naturaleza», y luego «perfecto, excelente», Berceo, Mil. 29a, 48d, y muy común en la Edad Media.

pueden evitar presentarse —salvo unos pocos— con el final -s que refleja su procedencia de caso sujeto de la declinación del antiguo francés.⁴ Detrás de estos personajes encontramos a Roland, Oliver, Baudoin, Renaut de Montauban, Bertlane, Alde, Garin, Bé-lart, Aimeric de Narbonne, li Dux Gaifers, Durendal, Ogier li Da-nois, Blandin, Grimoart, Aiöl, li dux Naimon, Ernaut de Beaulan-de, Renier... principales o secundarios personajes de cantares de gesta de los distintos ciclos franceses, llegados al romancero por caminos diversos, a veces muy complicados, y en muy pocas ocasio-nes de manera directa. Una larga historia de tradición legendaria, de refundiciones, de prosificaciones, nos llevan a menudo a los terrenos resbaladizos de lo que se suele llamar la «literatura per-dida», a los intentos de reconstrucción que tantas páginas llenaron de la crítica de primeros de siglo, a paseos obligados por las versio-nes italianas, por la literatura provenzal. Es difícil saber, en la ma-yoría de los casos, por qué vías un tema determinado ha llegado hasta la forma del texto conservado, en qué orden se han producido las diversas transformaciones en lenguas diferentes, cómo se han mezclado las leyendas de diferentes personajes, cómo un tema ha viajado de la Francia del Norte a la del Sur, a la Península Ibérica, a Italia, a Bizancio, o si el viaje ha sido en un orden diferente, de la Península Ibérica a la Francia del Sur, a la del Norte, a Italia, a Bizancio, o en otras ordenaciones que podríamos ir modificando porque los textos permiten la hipótesis y la duda. Muchos estudios se han dedicado a estos aspectos y los autores se disputan, para su literatura, la propiedad de los diversos temas, propiedad que en muchos casos no corresponde a ninguno de ellos.

Temas y personajes de la épica francesa se han repartido duran-te siglos por las literaturas europeas, desde las sagas escandinavas hasta *El Quijote*. Hablamos de difusión, que no de creación, de in-vencción. Francia los difunde porque tiene un papel preponderante y de liderazgo en el mundo cultural de la Edad Media —relevo que tomará Italia después— y este papel se apoya en la organización de cortes señoriales brillantes y amantes de las letras que cobijan y promocionan a juglares y troveros, a copistas y traductores, que se trasladan y transportan su bagage literario a otras cortes en las que a menudo son los mismos reyes quienes promueven y cultivan la producción literaria. Sin olvidar, en este aspecto, las rutas de peregrinación y las cruzadas, que desde Santiago a Roma y Jerusa-lén llenaron los caminos y los mares de historias de Carlomagno y sus pares, de Guillermo, del rey Arturo y los caballeros de la tabla redonda, de Tristán, el Santo Grial, la reina Ginebra y tantos otros.

4. R. Lapesa, «La lengua de la poesía épica en los cantares de gesta y en el romancero viejo» en *De la Edad Media a nuestros días*, Madrid, 1967, y Ch. V. Aubrun, «Gaiferos, Calainos et autres noms du romancero» en *Miscelánea homenaje a Higinio Anglés*, Barcelona, 1958, vol. I, pp. 71-78.

La literatura medieval castellana recoge muchos de los temas y personajes de la épica francesa, esto es indudable, y aunque nada permite negar que algunos de estos personajes o temas hayan podido ser originados aquí, lo cierto es que los encontramos insertos en tradiciones cultas, literarias y posiblemente de origen francés. Pero son integrados, como en recreaciones personales, y convertidas sus historias en hechos locales y mucho más próximos. Así, Durandarte se convierte en caballero y la espada de Roldán, en el «Romance de la prisión y destierro de don Reinaldos», recibe el nombre de Durlindana.⁵ Así, los personajes que hemos citado un poco más arriba, con su nombre traducido y adaptado, dejan de ser extraños—si alguna vez lo fueron— y son sentidos como propios, una tradición de siglos los ampara. Van y vienen de Francia, de París, sin que se produzcan demasiadas rupturas. La continuidad está en el hecho de pertenecer a una misma comunidad cristiana. En definitiva, españoles o franceses, son los cristianos frente a los moros, éstos sí sentidos como extraños.

Sobre todos ellos planea con imagen segura, protectora, omnipresente, Carlomagno: don Carlos el emperante, Carlomano, Carlos Magno, o simplemente rey Carlos, don Carlos o Carlo. Carlomagno es el rey, el emperador, el rey cristiano. Su presencia en el romancero viejo no es nada diferente al papel de representante del Imperio cristiano que desde Francia se difundió a toda la Europa medieval, ésta es su leyenda. Carlomagno que dirigió breves campañas —y no siempre con éxito— en tierras españolas, invade los textos, convirtiendo su intervención en una lucha de años, libertadora, garante de paz y de justicia.

Sus pares y todos aquéllos que junto a él completan esta imagen, convertidos en héroes locales, se hacen protagonistas de dificultosas hazañas, individualmente o en conjunto, y su origen francés se dibuja.

En el romancero, Carlomagno tiene un hijo llamado Carloto, en los textos franceses Charlot, y su historia se narra en tres romances del marqués de Mantua: «De Mantua salió el marqués», «De Mantua salen apriesa» y «En el nombre de Jesús». En ellos se cuenta el episodio en que Charlot mata a Baudouinet —Valdovinos el infante—, hijo natural de Ogier. Éste es el asunto que se narra en el texto de Raimbert de Paris *Chevalerie Ogier*, fechado entre 1200 y 1220, y en las *Enfances Ogier*, compuesto por Adenet li Rois a finales del siglo XIII. En conjunto, estas dos obras forman la leyenda de Ogier li

5. Durlindana refleja claramente su origen italiano. Respecto a este nombre que sustituye al Durendal de los textos franceses habría que considerar también que en las series procedentes de V^a que publica M. de Riquer en *La Chanson de Roland*, Barcelona, Ed. dels Quaderns Crema, Bibl. Filológica, 1983, p. 384, la espada de Roldán se llama Durindarda, nombre que parece próximo a Durlindana.

Danois, personaje que aparece en otros cantares de gesta como por ejemplo, *Fierabras*, *Le Pélerinage Charlemagne* u otros del ciclo carolingio. Se encuentra también citado en la *Chronica* del pseudo-Turpín y en la *Nota Emilianense*. En los romances que analizamos figura como Danés Urgero o Urgel, señor de Mantua, quizás por transformación de «Les Marches» o «Danemarche» puesto que en otros romances aparece como Urgel de las Marchas.⁶

En «De Mantua salen apriesa», como en un auténtico catálogo genealógico al estilo francés, se sitúa a Baldovinos como hijo del rey de Dacia, por aquéllo de «danés» que, en el nombre, tiene su tío paterno Urgel, hermano del rey. La madre de Baldovinos es doña Ermelina, hija del duque de Baviera, don Naímo. La mujer de Baldovinos es la infanta Sevilla, hija del rey de Sansueña. Un linaje tan importante justifica la acción que se desarrolla en el romance: Carlomagno se ve obligado a permitir que Carloto sea juzgado por el consejo, sea hallado culpable y sea condenado a muerte. Este desarrollo es distinto de las versiones francesas, en las que Ogier se rebela contra el rey cuando éste se niega a hacer justicia, por eso Ogier es clasificado entre los vasallos rebeldes en la épica francesa.

El consejo también se nos ofrece al estilo francés, con la enumeración de los jueces asistentes: Dardín Dardeña, don Alberto el singular, duque de Borgoña, duque don Carlos, duque de Borbón, conde de Foy, el viejo don Beltrán, don Reyner, conde don Galalón, el duque don Vibiano, el duque de Saboya, el duque de Ferrara, Arnao el gran bastardo, don Guarinos, don Arnaldos de Belanda. Detrás de estos nombres reconocemos perfectamente a muchos de los héroes del ciclo de Guillermo: Garin y dos de sus hijos, Renier y Hernaut de Beaulande, Bertrán, Vivien... y a otros de más difícil localización como Dardín Dardeña, personaje que aparece en otros romances y del que se nos dice que le suelen llamar «el Delfín» y que podría ser identificado con «Dalfin d'Alvernha», trovador fechado entre 1160 y 1235 y miembro de un linaje importante que intervino en las luchas entre Felipe Augusto y Ricardo Corazón de León, aunque esto no deja de ser una simple conjetura que espero poder comprobar con mayor certeza en trabajos futuros.

Al parecer, Ogier, gozó de gran popularidad desde el siglo x en el sur de Francia y en España. En Cataluña lo encontramos como «Otger Cataló», héroe fabuloso al que se pretende hacer participar en la conquista de Cataluña, como muy bien estudió en su día Coll i Alentorn.⁷

6. Según afirma M. de Riquer en *Les chansons de geste françaises*, París, Nizet, 1957, p. 248.

7. M. Coll i Alentorn, «La llegenda d'Otger Cataló i els nou barons de la fama» *Estudis Romànics* I (1947-1948), pp. 1-47.

En el romance del marqués de Mantua, la presencia de Ogier es secundaria: el tema principal es la muerte de Baldovinos y el juicio de Carlomagno contra su propio hijo. M. de Riquer, en sus *Chansons de geste françaises* ya expuso su opinión de que Carlomagno recogía en algunos textos épicos franceses historias de sus ancestros Pipino el Breve o Carlos Martel. Todo este aparato legendario fue transportado también a las demás literaturas con todo el conjunto.

La genealogía de Carlomagno y las hazañas de su juventud interesaron particularmente varios textos medievales. Muchos, fueron generados desde las mismas tierras francesas y difundidos a las demás literaturas: *Berte aus grans pies*, *Mainet* y *Basin* son los tres textos que configuran lo que podríamos llamar las «mocedades de Carlomagno». Los dos primeros entraron en los textos castellanos mezclando, como siempre, historia y leyenda para hacer un texto que se pretende histórico pero que se teje con la ficción. En *La Gran conquista de Ultramar* Carlomagno es nieto de Flores, rey de Almería, casado con Blancaflor y padre de Berta, la que se casó con el «rey Pepino de Francia, que hizo los grandes hechos y venció las muchas batallas de que todo el mundo habla». Con este libro de las cruzadas entramos en la leyenda de Berta, según la que ésta es substituida en su noche de bodas por una de sus siervas. Esta substitución será la causa de las luchas entre Carlomagno y sus hermanos, pretendidos usurpadores de su herencia, tal como se nos cuenta en *Mainet*. Así es cómo la leyenda transforma las guerras que Carlomagno entabló con Carlomán, su hermano, y sus herederos para poder obtener el dominio de sus tierras.

El relato del *Mainet* lo encontramos también en la *Primera Crónica* y en el poema *Roncesvalles*, aunque no la historia de Berta. Sin embargo, sabemos del éxito y la difusión de la leyenda de Berta en España porque ésta aparece en el siglo xv, junto a los relatos de *Mainete* y *Flores y Blancaflor* en una crónica derivada de la *Estoria de España*, crónica fragmentaria⁸ en la que Berta es una condesa viuda que, embarazada, viaja desde Francia para cumplir una promesa de peregrinación a Santiago. En España es hecha prisionera por los caudillos del rey moro y da a luz a una niña, Blancaflor, que se casará con Flores, hijo de Fines, rey de Almería. De esta manera llega hasta el *Libro de Bienandanzas e fortunas* de Lope García de Salazar compilado entre 1471 y 1476. Berta deja de ser la madre de Carlomagno y no es conocida como «la de los pies grandes». Es muy curioso observar cómo esta leyenda se transforma y cómo en España acaba mezclándose con historias que en principio no le pertenecen, mientras que en Italia la leyenda de Berta, la de los pies grandes, goza de una difusión más próxima a la versión fran-

8. Publicada por J. Gómez Pérez, «Leyendas medievales españolas del ciclo carolingio» *Anuario de Filología* (Maracaibo), 2-3 (1963-1964), pp. 7-136.

cesa, como se puede deducir de la lectura de *Berta de li gran pié*.⁹ Un trabajo sobre los relatos de Berta que me vienen ocupando desde hace ya algún tiempo aparecerá próximamente. En él se aprecian claramente las relaciones entre los diferentes textos y la difusión de que gozó la leyenda. La limitación de espacio no me permite exponer aquí las conclusiones del estudio.

Carlos el emperante, el del romancero viejo, se ha convertido en Carlos el Mayne en los relatos cronísticos, curiosa mezcla entre «magno» y «mainete» que nos hace pensar en una posible etimología única, reflejo de la misma curiosa mezcla que se registra entre las leyendas y entre los textos de uno y otro lado de los Pirineos y que se despliega ya en los dos primeros versos de la *Chanson de Roland*: «Carles li reis, nostre emperere magnes / set anz tuz pleins ad estet en Espaigne.»

Queda fuera de este estudio la imagen antifrancesa de relatos como la *Historia Silense* (1110-1120) o la leyenda de Bernardo del Carpio, quien, aliado de Marsil, defiende a su país de la invasión francesa. Son relatos nacionalistas y contrarios a Francia que merecen una atención adecuada, imposible de realizar en las pocas líneas que aquí les podríamos dedicar. Han de formar parte, forzosamente, de otro trabajo que habrá de completar el que aquí se expone.

9. Publicado por A. Mussafia en *Romania* III (1874), pp. 339-364, y IV (1875), pp. 91-107.